

siempre de mis Estados. Mas quiero no tener vasallos que tenerlos como vosotros (1598).» Hallándose allí Francisco se fué detrás de ellos, é hizo el último esfuerzo para vencer una obstinacion que iba á hacerlos desgraciados en este mundo y en el otro. Hablóles de un modo tan persuasivo, manifestóles tanto interés, y usó con tanta oportunidad de las gracias de su elocuencia, de su dulzura y de su tierna sensibilidad, que antes de acabarse el día persuadió á la mayor parte de ellos á conformarse con las intenciones del duque. Un número muy corto, menos capaz de constancia que de una terquedad caprichosa, buscaron un asilo al otro lado del lago, donde no se tardó mucho en darles á entender que eran gravosos. Demasiado fuerte era esta prueba para una virtud que no estaba cimentada en la verdadera fé; y así antes que el duque saliese del Chablés, rogaron á Francisco que proporcionase su regreso con las condiciones que se les habian impuesto al principio, lo cual concedió el príncipe con mucho gusto, como que le era violento usar de severidad. Así se convirtieron aquellas provincias desde el año 1594 en que el duque de Saboya escribió por primera vez sobre este punto al obispo de Ginebra, hasta el de 1598, en que quedaron enteramente reunidas á la Iglesia, esto es, en menos de cuatro años, el primero de los cuales, aunque muy ingrato al parecer, fué para Francisco un ejercicio de humildad y paciencia, que últimamente produjo en los otros la mas brillante fecundidad; de suerte, que á los treinta años de edad habia cojido ya los frutos de salvacion que muy pocas veces se ven obtenidos aun despues de la mas dilatada carrera.

Por otra parte, Clemente VIII reunió al patrimonio de San Pedro el ducado de Ferrara, que el último duque, Alfonso II, habia legado con el resto de su herencia á su primo hermano César de Este; pero además de que César no era heredero en linea recta, tenia por abuela una persona de bajo nacimiento,

cuyo matrimonio con el duque Alfonso era muy sospechoso, por no decir otra cosa. El mismo Alfonso, que habia contraido estos lazos al fin de sus días, reputábalos tan poco válidos, al menos en cuanto á los efectos civiles, que habia pedido al emperador legitimase los hijos nacidos de aquel matrimonio. El Papa, en calidad de señor feudal, no se juzgó obligado á la observancia de unos convenios en que no habia tenido parte; y habiéndose César posesionado de Ferrara, el Papa, usando de todo el influjo y fuerza que tenia, y de su crédito y autoridad, como lo habria hecho cualquier otro soberano, empleó inmediatamente contra él las armas espirituales y temporales de la Iglesia. La distincion entre lo temporal y lo espiritual importa aquí muy poco para la cuestion; sin embargo, haremos observar que de parte de un señor feudal en estado de hacerse justicia á sí propio con aquel género de fuerza que es la última razon de los príncipes habia una indulgencia paternal en no servirse al principio sino de censuras. Pero poco agradecido César á esta benévola conducta del Pontífice, no hizo caso alguno hasta que envió el Papa contra Ferrara un ejército numeroso. César habia contactado con el socorro de los príncipes italianos y de los extranjeros que tenian Estados en Italia, la mayor parte de ellos muy opuestos al engrandecimiento del Estado eclesiástico; mas detúvolos á todos el nombre de Enrique IV. Anhelando este príncipe utilizar todas las ocasiones de dar pruebas de su adhesion á la Iglesia romana y de mostrarse digno sucesor de Pipino y de Carlo-Magno, quienes habian dado á la Santa Sede el exarcado de Ravena, de que era parte el Ferrarés, habia asegurado al Papa por medio de una embajada solemne que le defenderia con todo su poder hasta recobrar aquel hermoso heredamiento (1). Vióse, pues, César de Este reducido á sus propias fuerzas, y por consecuencia obligado á recurrir á negociaciones.

(1) Ossat. ep. 14.

Dejáronse los ducados de Módena y Réggio; mas no se le admitió partido alguno por lo respectivo á Ferrara, de la que tomó posesion Clemente por sí mismo en 1598 é hizo erigir en ella su estatua y edificar una escelente ciudadela, en la que se dice depositó dos millones de oro.

No cogió por fruto la ingratitud el hijo primogénito de la Iglesia, cuando dió á su cabeza este testimonio de su afecto (1), pues por la mediacion de este Pontífice, y por la eleccion que supo hacer de su representante, se ajustó la paz de Vervins en que, decidido Enrique á mantener una guerra eterna antes que permitir la desmembracion de la menor parte de sus Estados, recobró todo cuanto le habian tomado los españoles. Habia declarado la guerra á Felipe, prefiriendo habérselas con un enemigo declarado y por lo mismo blanco de todos los franceses, á estar luchando continuamente contra las sordas tentativas de un príncipe que, poniendo quizá en duda la sinceridad de su conversion, podia armado con el gran motivo de Religion levantar una parte de la Francia contra la otra; y consiguió reunir sus vasallos, así católicos como religionarios, bajo unas mismas banderas; pero en atencion al estado lamentable en que se hallaban las cosas del reino, y en particular el Real erario, no le fué posible poner en pié ejércitos bastante numerosos, ó á lo menos pagarlos, y mantenerlos para evitar la desercion. Contaba con los ingleses y holandeses, y en efecto aprestaron estos una escuadra que inquietó á los españoles, pero no hizo mas. Recaía así todo el peso de la guerra sobre Enrique, que la sostuvo solo con su valor, y no pudo estorbar que el enemigo se apoderase de Calais, que hiciese grandes progresos en Picardia, y que conquistase la capital de esta provincia. No obstante, fué reconquistada la ciudad de Amiens; mas los religionarios que no lograban, ni

(1) De Thou, t. 11, p. 489.

con mucho, todo lo que pretendian de un rey educado en su comunión, principiaban á alborotarse, y así no le dejaron perseguir á los enemigos exteriores y le pusieron en la necesidad de firmar la paz. Cuando se encontraba en los mas terribles apuros, y por decirlo así, bajo la espada de los españoles, aquellos inquietos sectarios pidieron la confirmacion y ampliacion de sus privilegios, manifestando tanto empeño y teson que juzgó el rey que no podia tomar mejor partido que nombrar inmediatamente comisionados para tratar de este asunto.

El legado enviado por Su Santidad á Francia para hacer que ratificase el rey las cláusulas de su absolucion, veia por sus propios ojos la urgente necesidad que aquel reino tenia de la paz. Este digno representante del Gefe de la Iglesia era el cardenal Alejandro de Médicis, arzobispo de Florencia, prelado de mucha prudencia y moderacion, de una dulzura y afabilidad que le granjeaban todos los corazones, conciliador hábil y siempre contenido en los límites del verdadero celo. Un negociador de este carácter no tuvo dificultad en adquirir la confianza de Enrique, y solo usó de ella en beneficio de la Francia. Atribúyese principalmente á su prudencia y destreza la solucion de las innumerables dificultades que se encontraban en las pretensiones tan opuestas de los partidos que se trataba de conciliar. Despues de haber disputado mucho tiempo los españoles sobre conservar alguna cosa de las conquistas que habian hecho en territorio frances, concluyóse por último que se devolviesen mutuamente todas las plazas tomadas por una y otra parte, y que volviese todo al estado que tenia antes de la guerra. Concedióse á Enrique la facultad de dictar las condiciones al duque de Saboya, el cual habia querido aprovecharse de aquella guerra para engrandecerse á espensas de la Francia; mas por un efecto de su gratitud al Papa, le constituyó árbitro en esta materia. Por respetos tambien á Roma y per-

sonalmente al legado, cuyos buenos oficios merecian este miramiento, disfruyó Enrique hasta despues de su salida la publicacion del edicto que se habia formado ya á favor de los religionarios. Este es el famoso edicto de Nantes, llamado así de la ciudad de este nombre, á la que habia ido el rey en 1598 con el objeto de pacificar la Bretaña (1). Concedíase por él á los hereges casi todos los privilegios arrancados con violencia á los reyes anteriores, y aun algunos nuevos artículos relativos á las circunstancias de entonces. Mas debemos no olvidar los apuros del monarca, á quien los sectarios tenían, por decirlo así, puesto el puñal al pecho y en peligro próximo de volver á abismar el reino, usando de mas teson, en los disturbios y calamidades de que apenas acababa de verse libre. Ya habian abandonado el ejército Real los gefes del partido, Rohan, Bouillon y la Tremouille, con una desercion que podía mirarse como una sorda rebelion; y habiéndose retirado á sus gobiernos, fomentaban las preocupaciones de los hugonotes y el furor de los ministros. Examinado, pues, el edicto de Nantes con arreglo á los primeros principios del derecho de magestad y de legislacion, era radicalmente nulo, como arrancado con violencia á un príncipe que en vez de dar la ley á sus vasallos la recibía de ellos; de aqui es que no pudo obligar á los sucesores de Enrique IV, sino con respecto al tiempo en que creyesen que su observancia importaba á la tranquilidad pública y al bien general del reino.

Comprende noventa y un artículos públicos, y cincuenta y seis secretos, que nunca han sido registrados. Toda la preferencia que concede á los católicos se reduce á que puedan ejercer su Religion en todos los sitios en que está permitido el ejercicio del calvinismo, cuya ventaja no es reciproca para los calvinistas, supuesto que se limita á ciertos lugares. Impone igualmente á los sectarios la obligacion

(1) De Thou, l. 122; Davil. l. 15.

de conformarse con la policia exterior de la Iglesia romana, como es, no trabajar en los dias festivos, pagar diezmos, contribuir con las demas cargas de los feligreses, y abstenerse de toda irreverencia de obra y de palabra contra las ceremonias eclesiásticas. Por lo demás dispone que disfruten todos los derechos civiles de los católicos; que se les admita á todos los empleos, y que para administrarles justicia haya en cada parlamento una cámara compuesta por mitad de jueces católicos y de jueces calvinistas. Concédense también á sus ministros privilegios de estado, y se les señalan sueldos. Permite al partido la libertad de celebrar asambleas generales, pero en los tiempos y sitios señalados por el príncipe y con asistencia de los comisionados que este nombre, como igualmente la de exigir todos los años una suma entre ellos mismos para atender á sus necesidades comunes. La mas singular y que no se refiere en los artículos generales, ni en los particulares, es que se les concedian ó dejaban por ocho años plazas de seguridad, con facultad de nombrar ellos mismos sus gobernadores, y obligacion por parte del rey de entregarles anualmente ochenta mil escudos para pagar á las guarniciones. Opúsose el clero á que se registrase este edicto, y le reprobó en tales términos el parlamento, que despues de muchas órdenes inútiles no se le dió curso hasta el año siguiente en virtud de un decreto el mas absoluto del monarca.

Al observar esto el clero pidió la publicacion del concilio de Trento, el restablecimiento de las elecciones eclesiásticas, y la supresion de las pensiones laicas sobre los beneficios y de otros muchos empleos profanos de los bienes de la Iglesia y en particular de los de los monasterios. Enrique, eludiendo la cuestion dió, una respuesta que tapaba la boca á todos los peticionarios. «Mis predecesores (les dijo) os han dado palabras, y nada más; pero yo con mi casaca llena de polvo os daré obras. Aunque me veis con esta ropa parda, sabed

que en lo interior soy todo de oro.» Con esto no le molestaron mas.

Unos cuatro meses despues del tratado de Vervins, concluido el 2 de mayo de 1598, murió el rey de España Felipe II á 13 de setiembre del mismo año, que era el cuarenta y tres de su reinado y el setenta y dos de su edad. «Príncipe, dice Feller, que supo hacer respetar la régia magestad en un tiempo en que por otra parte recibía los mas sangrientos ultrajes, é hizo se tributase á las leyes y á la Religion el respeto que les es debido. Desde su mismo gabinete ponía en movimiento el universo. Durante todo su reinado fué, si no el hombre mas grande, al menos el principal personaje de Europa, y sin sus tesoros y sus esfuerzos habria sido destruida la Religion católica, si esta hubiera podido serlo.» Otros autores (1) forman el siguiente juicio: «No hay elogio que no tributen á Felipe los escritores españoles, al menos la mayor parte de ellos, al paso que no hay horrores de que no abrumen su memoria los protestantes y algunos católicos franceses; pero de una y otra parte hay exageracion: Felipe renia grandes cualidades y grandes vicios: protegió los ingenios, como Augusto; su política tuvo alguna semejanza con la de Tiberio; en el amor al trabajo parecióse á Vespasiano; su ambicion fué la de su padre Carlos (uno y otro aspiraban á la monarquía universal); pero nadie le igualó en la calma y serenidad de espíritu que que no le abandonaron ni aun en sus últimos momentos; pues lejos de asustarse de la severidad de los juicios de Dios, que tanto tenia por qué temer, dos dias antes de su muerte creyó ver el cielo abierto, y murió con tanta paz y tranquilidad como el justo que va á recibir el premio de sus virtudes.» En efecto, causa pavor y hace estremecer lo que él tuvo que padecer antes de espirar. La quíragra y podagra, la disenteria y unos cólicos devora-

dores, la hidropesía, una horrible enfermedad pedicularia que de su pecho entreabierto hacia una especie de hormiguero tan abundante que á pesar de haber dos hombres perennemente alternando dia y noche no podian agotarlo; tantos dolores y humillaciones fueron aceptados con resignacion cristiana, y Felipe dió todas las demas señales y testimonios de Religion que pudieran desearse (a). A este príncipe sucedió su hijo Felipe III.

Por el mismo tiempo tuvo Enrique IV una enfermedad que á los principios se creyó igualmente peligrosa que la de Felipe (1599), pues por espacio de dos dias no dió esperanza alguna de vida. Abandonábanse ya todos á un dolor inconsolable, cuando con el restablecimiento casi repentino de su salud sucedió al desconsuelo público una alegría no menos expresiva. Mas la viva imágen del horroroso estado en que hubiera podido volver á caer la Francia por no tener hijos el rey, y porque los demas príncipes ó sus facciones solo eran á propósito para despedazarla, habiase grabado profundamente en todos los ánimos. El rey, unido por los vinculos del matrimonio con Margarita de Valois, vivía en cierto modo sin esposa, y por consiguiente sin esperanza de posteridad. Esta circunstancia no contribuía poco á fomentar el espíritu de faccion entre los grandes: y así los que eran verdaderamente franceses, y especialmente Sully, instáronle á que tratase de la disolucion de un matrimonio que, teniendo solo las apariencias de tal, quitaba á los franceses el consuelo de ser gobernados despues de sus dias por un hijo suyo. Reduciase todo á dar una sentencia de nulidad del matrimonio, medida de que ya habia sido un preludio la separacion que de hecho existía mucho tiempo habia entre los dos esposos que unidos con

(a) Probablemente al fin de este tomo daremos una reseña algo estensa del reinado de Felipe II, presentaremos sus principales sucesos y daremos una idea de los ilustres personajes de todos estados que florecieron en nuestra España en aquel siglo.

(1) Art de verifier les Dates. E. del G., tomo XX. —VII.—HISTORIA ECLESIASTICA. —Tomo V.

Violencia en medio de los horrores del día de San Bartolomé, se abandonaron despues, cada uno por su parte, á los vergonzosos escosos que eran de esperar de un enlace contraido bajo tan funestos auspicios. Margarita, poco sensible al honor de la diadema, despues de haber hollado el de su sexo, no tuvo dificultad en reconocer la nulidad, y convenidas las partes, todo lo demas se redujo á meras formalidades (1599). Fundóse la disolución del matrimonio en la falta del libre consentimiento para la union-recíproca, y en el parentesco de tercer grado, cuya dispensa se tuvo por nula, como que no la habian pretendido los cónyuges. El rey, libre de estos lazos, casóse con María de Médicis, princesa de Toscana, que habiendo cumplido ya los veintiseis años, daba esperanzas de una pronta fecundidad; y en efecto, á los nueve meses de matrimonio, dió á luz al sucesor de Enrique el Grande.

Mientras se negociaba este nuevo enlace, Enrique de Joyeuse, aquel famoso conde de Bouchage, que de voluptuoso cortesano habia pasado á ser capuchino, y de capuchino á mariscal de Francia, mediante su acomodamiento con el rey; Joyeuse rompió de nuevo los lazos brillantes que le tenian ligado al siglo, y fué á sepultarse para siempre en el claustro (1). Tenia una hija, que en 1599 casó con Enrique de Borbon, duque de Montpensier; despues de lo cual, movido por las reflexiones de su madre, señora muy piadosa, estimulado por su propia conciencia, y no menos ofendido, segun se dice, por algunas chanzonetas del monarca, volvió á meterse capuchino en Paris. Cuéntase que hallándose el rey con él en un balcon á donde miraba mucho el gentío que pasaba, le dijo: «Primo mio, parece que á esta gente la gusta mucho ver juntos á un renegado y á un apóstata.» Poco tiempo despues volvió á presentarse el P. Angel en los púlpitos de la capital, predicando con tal elocuencia, que á

(1) Cailler. *Vida del P. Angel.*

todos causó asombro y que le adquirió mas celebridad aún que todas sus metamorfosis. Apenas podia nadie figurarse que el hombre á quien oian era el mismo que habia pasado casi toda su vida en medio del torbellino de partidos y de placeres y que no tenia mas instruccion que la ligera tintura que en su infancia pudo adquirir en el colegio; pero él sostuvo infatigablemente este ministerio de edificacion y le hizo fructuoso, principalmente con el ejemplo de las virtudes que practicó constantemente hasta la muerte. Su celo se extendió aún mas allá del reino; y á los cuarenta y un años de edad murió en Rivoli, cerca de Turín, donde no edificó menos que en Francia.

Poco despues de esta conversión tomó el hábito en el convento de las fuldenses, casi recién establecido en Tolosa, Antonia de Orleans, hija de Luis, duque de Longueville, joven viuda de Carlos de Gondi, marqués de Belle-Isle, recomendable, no solo por su hermosura, sino tambien por su talento. Formó y realizó esta resolucion sin noticia de sus parientes, y luego supo resistir valerosamente á todas las instancias y esfuerzos que se hicieron para sacarla de aquella casa. Trascurridos siete años, fué necesaria una orden absoluta del Sumo Pontífice para que pasase de superiora á la brillante abadía de Fontevault; pero teniendo siempre para ella los mismos atractivos las humillaciones y austeridades de la penitencia fundó despues el convento de religiosas benedictinas de la regla primitiva; esto es, de la congregacion de Santa María y Santa Escolástica del Calvario. Comenzó la fundacion en el convento de Poitiers, donde á los seis meses murió la fundadora con gran reputacion de santidad.

Estendido por todas partes el espíritu de reforma, ó para hablar con mas propiedad, el espíritu de celo y fervor que habia resucitado el santo concilio de Trento, vióse á los religiosos trinitarios en España, dirigidos por el P. Juan Bautista de la Concepcion, unir

con los trabajos consiguientes á la redencion de cautivos todas las austeridades de su antigua regla, y añadir á ellas las prácticas humildes de las órdenes mendicantes (1). Esta congregacion de trinitarios descalzos, cuyo nombre ha conservado siempre, tuvo al principio dos provincias gobernadas por un vicario general; pero habiendo establecido despues hasta seis provincias, tres en España, y otras tres en Italia, Alemania y Polonia, permitióle el Sumo Pontífice se eligiese un general particular. Tambien habia en Francia trinitarios descalzos; pero esta segunda reforma, principiada en Roma en el convento de San Dionisio por el P. Gerónimo del Santísimo Sacramento, é introducida despues en Provenza, quedó sujeta al general de Paris.

Principió por el mismo tiempo el instituto religioso de la tercera orden de San Francisco, diferente de la antigua confraternidad del mismo nombre, compuesta de personas legas de uno y otro sexo que se reunian á orar con mas fervor y alentarse mutuamente al cumplimiento mas exacto de las obligaciones del cristianismo (2). Propagóse rápidamente por Italia esta nueva orden, y llegó á ser tan numerosa que se dividió en diez y seis provincias, sin contar la de Flandes agregada á ella. Diéronle por esta razon un general particular que reside en Roma; pero las de España, Portugal y Francia quedaron sujetas al general de toda la orden de San Francisco. En Francia, donde estos religiosos tenian sesenta y tres casas, y se intitulaban de la estrecha observancia, tuvieron por reformador al P. Vicente Mussart, parisiense, que estableció su primer convento en la aldea de Franconville, distante algunas leguas de Paris; sin embargo, fué mirado como casa-matriz el convento de Piepus, en el arrabal de San Antonio, edificado en 1604; y

(1) Herm. *Hist. de las Ord. Relig.* l. 3, c. 45.

(2) Herm. *Hist. de las Ord. Relig.*; Mar. Veron. *Annal. Tert. Ord. S. Franc.*

de ahí viene el nombre que comunmente se le dió en el reino, aunque su verdadero nombre era el de penitentes ó de religiosos de la orden tercera de San Francisco. Piepus es memorable por las varias instituciones á que ha servido de cuna; pues ya mas antes de los penitentes habian morado allí algun tiempo los capuchinos y los jesuitas de la casa de San Luis.

El jubileo secular, celebrado con la mayor pompa en el año 1600, vino á manifestar de nuevo que las naciones cristianas no habian perdido aun los sentimientos respetuosos delidos á la Santa Sede apostólica, y que en esta florecian siempre unas virtudes capaces de excitar la veneracion de las naciones cristianas y de producir una emulacion saludable aun entre los infieles. Fué tan prodigioso el concurso de peregrinos, que el hospital de la Trinidad, cuyos empleados eran los que principalmente tenian el encargo de recibirlos, llegó la lista á quinientos mil, sin contar los que habia en las hospicios de varias naciones, en los diferentes conventos y en las casas particulares. Se calcula que entre todos ascendieron á tres millones en el discurso del año, contándose doscientos mil en solo el día de Pascua. Fueron tambien los mas numerosos los de Italia, como que eran los mas inmediatos, y despues los franceses, que llegaron á trecientos mil, lo cual causó tanta alegría al Papa como confusion á los enemigos de la Francia, quienes pretendian persuadir que esta nacion era del todo herética. Tambien concurrieron personages de la mas alta gerarquia, contándose entre otros el duque de Baviera en traje de peregrino, y los duques de Bar y de Parma. Entre los prelados de primer orden causó singular admiracion el cardenal Andres de Austria, que anduvo las estaciones desconocido y confundido en medio del tropel oscuro de extranjeros; mas habiéndolo sabido el Papa, dispuso que le buscasen y le llevarsen honoríficamente al palacio pontificio, donde poco despues encontró aquel piado-

so cardenal el término de su vida y la recompensa de su humilde piedad. El Sumo Pontífice quiso auxiliarse por sí mismo en la hora de la muerte, y para mayor consuelo del enfermo, celebró en su cuarto el santo sacrificio de la misa, antes de administrarle el santo Viático.

Concurrieron por curiosidad algunos turcos y muchos hereges, de cuyo número dicen fué el duque Federico de Witemberg. Si el deseo de hallar que censurar en la prelación romana, observándola de cerca, influyó, como es de presumir, en la determinación de muchos de ellos, pronto hubieron de mudar de opinión al ver, no solo á los cardenales mas distinguidos, sino al mismo Papa, á pesar de su avanzada edad y de sus achaques, lavar los pies á los peregrinos mas pobres, besarlos con un respeto religioso como á miembros de Jesucristo, auxiliar con una liberalidad y con una magnificencia inagotable á los innumerables indigentes, servirles á la mesa, dirigir á cada uno de ellos palabras de benevolencia y de consuelo, atender con paternal cariño al alivio de sus incomodidades y aun á su recreo; y para los obispos y sacerdotes extranjeros, adornar y proveer unas casas capacísimas donde se les daba hospedaje, alimento y todo lo necesario. Además de estos cuidados en beneficio de la salud del cuerpo, desplegó el infatigable Pontífice tanto celo por la salvación de las almas, que se sentaba asiduamente en el confesonario, como pudiera haberlo hecho un clérigo particular. A pesar de tantas ocupaciones distintas, no dejó de andar sesenta veces las estaciones en el discurso del año, aunque solo se prescribían treinta para los romanos y quince para los extranjeros. Los cardenales y los demas prelados romanos, á instancia y sobre todo á ejemplo del Pontífice, parecía que no tenían otra ambición que la de escederse unos á otros en todo género de buenas obras.

Tau asombroso espectáculo, no desmentido mientras duró el jubileo, trocó en admiración

la curiosidad de los infieles y la malignidad de los hereges. Muchos turcos pidieron y recibieron el bautismo. Gran número de protestantes, indignados de las calificaciones calumniosas de Anticristo y de Babilonia que sus predicantes daban de continuo al Pontífice y á la Santa Sede romana, lloraron su ceguedad pasada, abjuraron con execración la heregia que inspiraba semejante furor, y procuraron con todo esmero distinguirse entre los hijos mas dóciles y virtuosos de la Iglesia Romana. Fué de este número Esteban Calvino, pariente del herejiarca. Clemente VIII le administró por sí mismo el Sacramento de la Confirmación, le trató de todos modos como á un hijo, y atendió con larga mano á su subsistencia habitual. Entró despues Esteban en la religion de los carmelitas descalzos, donde mostró siempre una fé y una piedad sincera, dando pruebas de gran prudencia en los empleos que le confiaron, y murió santamente.

Vióse en este mismo año un espectáculo de distinta naturaleza, pero que cedió tambien en descrédito de la impostura y sirvió al triunfo de la Religion. Duplessis-Mornai, el sábio del hugonotismo, y tan rigido hugonote que, al punto que supo la conversión de su rey, á quien habia hecho grandes servicios grangeándose su afecto, abandonó bruscamente la corte. Aspirando Mornai con ánsia á otro género de celebridad, quiso tambien hacer papel entre los doctores, é imprimió un libro acerca de la misa y de la Eucaristía, escrito con elegancia, pero lleno de pasages de los Santos Padres alterados, truncados, citados en sentido contrario, falsificados y corrompidos de todos modos. Mornai, que era demasiado hombre de bien para hacer de propósito deliberado el papel de falsario, no habia tenido la delicadeza ni la prudencia necesaria para comprobar los extractos de sus ministros impostores, y los habia insertado en su obra sin ningun exámen. Luego que vió la luz este libro, alzaron el grito los doctores ortodoxos acusan-

do á su autor de impostura é impudencia. El sábio obispo de Evreux, Du-Perron, entre otros, tan versado en la lectura de los PP. y doctores antiguos, obligóse á demostrar que habia en él mas de quinientos testos falsificados. Pecando Mornai por demasiada confianza, retó á sus antagonistas, dirigió un recurso al rey para que compareciesen con él en presencia de su Magestad y de árbitros instruidos, que debían de elegirse entre los católicos y protestantes, á fin de examinar y decidir si las citas eran verdaderas ó falsas. Pero no duró mucho esta arrogancia, porque Enrique, naturalmente alegre, y picado sobre todo de la curiosidad de ver al gran Mornai en aquel nuevo campo de batalla, mandó venir á los dos campeones á Fontainebleau, donde se distraía por algun tiempo de las serias ocupaciones del gobierno. Mornai, que tanta seguridad mostraba al principio, opuso mil dificultades, luego que se acercó el momento de llegar á las manos, así sobre el método de la conferencia, como sobre la elección de las materias que habían de tratarse en ella; de suerte que parecía aspirar solo á encontrar efugios para evitar el combate. Y fué tal su confusión, que le faltó poco para desaparecer sin despedirse del rey; y apenas bastaron las instancias de sus instigadores, los cuales no podían llevar en paciencia una fuga tan vergonzosa, para obligarle á presentarse en la arena.

Preparado todo, y estando los dos campeones en medio de un concurso de cerca de doscientos curiosos, principió el rey con la declaración de que no tenia ninguna duda acerca de la verdad de su fé y de la santidad de su Religion; y añadió que no era su ánimo que se controvertiese ningun dogma católico, sino que se examinase únicamente la autenticidad de los pasages citados por Mornai. Du-Perron elogió la prudencia religiosa del monarca, que á ejemplo de Constantino y Teodosio temia poner la mano en el incensario, y

despues declaró que por su parte no aspiraba á un vano triunfo sobre un antagonista respetable, y al cual respetaba con sinceridad, sino que solo se proponia manifestarle la impostura de aquellos á quienes habia creído sobre su palabra. En seguida, y presentadas las obras de los Santos Padres y de los antiguos doctores, cotejéronse los pasages que de unos y de otros se habían insertado en el libro de Mornai. Por lo respectivo á los dos primeros testos citados de Scoto y de Durando acerca de la Eucaristía, pronunció el canceller, en vista de la sentencia de los árbitros, que Mornai habia tomado las objeciones por las soluciones. Se decidió que el tercero y el cuarto, citados de San Juan Crisóstomo, y el quinto, de San Gerónimo, acerca de la invocación de los Santos, estaban truncados; que el sexto, sobre la adoración de la cruz, atribuido á San Cirilo, no estaba en las obras de este Padre; y que otros dos de San Bernardo, relativos á la Santísima Virgen, se veían reducidos á uno solo y de tal modo que resultaba alterado todo el sentido; en fin, y para abreviar, que un lugar de Teodoreto, citado como contrario al culto de las imágenes, habia sido empleado por aquel Padre, no contra las imágenes de los cristianos, sino contra los simulacros del paganismo.

Esta primera discusión duró cerca de seis horas, y el rey dispuso que se difiriese hasta el dia siguiente; mas el valor de Mornai, tan vacilante antes de esta derrota, estaba ya del todo abatido. La vergüenza y el disgusto que sucedieron á una aplicación y estudio violento, produjéronle vómitos continuos y una agitación convulsiva en todos los miembros, de que resultó una enfermedad aguda que puso fin á las conferencias. Encargó pues le trasladasen á Paris con pretesto de restablecerse allí mejor, ofreciendo que volvería á continuar las sesiones; mas apenas regresó la corte á aquella capital, retiróse sin hablar palabra á su gobierno de Saumur. Publicó no obstante un es-